

JOSE MANUEL MARROQUÍN.

Nació en Bogotá el '1 de Agosto de 1827. Recibió su educación en el Seminario de la Arquidiócesis y en la Universidad nacional.

Los trabajos del campo han sido su ocupación habitual; lo que no ha impedido que haya tenido en sus posesiones dos veces un acreditado Colegio.

Es autor de un *Tratado de Ortografía castellana* (que ha tenido numerosas ediciones), de un *Tratado de Ortología*, de un *Diccionario ortográfico*, de un *Tratado de Métrica* y de unas *Lecciones de Urbanidad*. Sus poesías, notables por su gracia y originalidad, fueron publicadas por el señor José María Vergara y Vergara en un pequeño tomo, y luego por la sociedad anónima que poseía la imprenta de *El Tradicionista*, junto con varios artículos en prosa, con el título de *Obras escogidas de José Marroquín*.

Ha sido colaborador de notables periódicos literarios y es miembro de la Academia Colombiana. Su seudónimo es el de *Pero Pérez do Perales*.

LA VIDA DEL CAMPO.

AL SEÑOR SANTIAGO PÉREZ.

Oh! ¡ cuántos que en ciudades populosas
Vida agitada y turbulenta pasan,
Envidian la quietud de mi retiro
Y mi choza pajiza y solitaria!

Ay, amigo! Quizás ignoran ellos,
¡Afortunado yo si lo ignorara!
Que las penas se albergan en las chozas
Como en ciudades y opulentas casas!

Quien no lleva consigo la ventura,
Oía viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma.

Al pié de las colinas más hermosas
De todas las que ciñen la Sabana,
Que con los prados en verdor compiten
Y en la vistosa variedad y gala,

En paraje repuesto y escondido
Hice mí alegre y rústica morada;
A su pié se dilata una llanura
Que las mieses y flores engalanan.

Los árboles robustos y frondosos
Dejan caer sus undulantes ramas
Sobre el techo pajizo de mi choza
Y abrigo ofrecen y su sombra grata.

Pájaros mil que entre su copa anidan
Me despiertan, cantando, á la mañana;
Y en su follaje, al declinar el día,
Suspiran melancólicas las auras.

Un arroyuelo rápido y sonoro
Desde la cumbre de la sierra baja
A ofrecerme sus aguas cristalinas
Por un lecho de guijas y esmeraldas.

Mi esposa tierna, mi sin par esposa,
Disfrutando también bellezas tantas,
Vida les da y el seductor hechizo
Que para mí, sin ella, á todo falta;

La esposa tierna, la sin par esposa
A quien adora arrebatada el alma,
Por quien conserva el corazón enteras
Las ilusiones de la edad pasada

Por la mañana, cuando el sol la cumbre
Empieza á iluminar de las montañas,
Salto del lecho y en el campo aspiro
Frescas y vivas y fragantes auras.

La vista vuelta hacia el vecino prado,
Veo venir las mugidoras vacas,
En busca de los tiernos becerrillos,
Que hambrientos las esperan y las llaman.

Ellas me brindan la sabrosa leche,
Que en los sonoros tarros ordeñada
Forma ligeros copos de alba espuma
Que crece y por los bordes se derrama.

Luégo me llevan lejos las tareas
A que su vida el labrador consagra,
Y cuando acaban, al caer la tarde,
Me vuelvo á descansar en mi cabaña.

De lejos me divisan cuando vuelvo,
Mis fieles perros que la choza guardan,
Y salen á mi encuentro cariñosos
Y, en torno mío, alborozados saltan.

Salen también gozosos á mi encuentro
Mis tiernos hijos, prendas de mi alma,
El pecho á enajenar con sus caricias
Y sus amables é infantiles gracias.

¡ Cuánto al que tiene corazón sensible
Es grato, amigo, conocer que le aman,
Que, ausente, le recuerdan con cariño
Y que su vuelta con anhelo aguardan!

Al recibir al sol que va á esconderse,
Tiende el Ocaso sus pomposas galas
De vivísimos tintes luminosos
De rosa y oro, de zafiro y grana;

Y esa escena que pasma cada día
Cual si por vez primera se admirara,
Siempre nueva y sublime, la contemplo
Por entre verdes y floridas ramas.

En tan plácida hora mis ovejas,
Que pacían dispersas en la falda
De la sierra vecina, se reúnen
Y vienen al redil apresuradas.

—

Llega la noche al fin, ¡ oh, cuán hermosas
Son las noches de luna en mi cabaña!
Qué plácida tristeza comunica
Su lumbré á las campiñas solitarias!

Dichoso asilo si perenne fuera
Tanta risueña amenidad y calma!
¡Dichoso yo si exenta de inquietudes
Siempre pudiera el ánima gozarlas!

Mas ay! que muchas veces pavorosa
Sobreviene en la tarde la borrasca;
El ánimo conturba, y las campiñas
Despoja de atractivos y de galas.

En los cercanos montes y en los valles
Los desatados huracanes braman
Y arrastrar en su rápida carrera
Los árboles y chozas amenazan.

Sigue la noche lóbrega; en los campos
Reina siniestra y pavorosa calma,
Y sólo turba el lúgubre silencio
El torrente que ruge en la cañada.

Así también mil veces en mi vida,
Exenta de ambición y retirada,
Las negras inquietudes y zozobras
La calma de mi espíritu arrebatan.

Quien no lleva consigo la ventura,
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma!

—

EL CAUCE DEL RIO.

Baja de la montaña un claro río
Que de entre peñas escondidas brota,
A alegrar con su voz las soledades
Y á ser de la llanura orgullo y pompa.

Descendiendo unas veces atrevido
Desde los riscos á las simas hondas;
O las rocas salvando que se aferran
Para cerrarle el paso, unas á otras;

O penetrando con violento empuje
Por entre angostas sendas tortuosas,
Por donde á su pesar paso le dejan
Incontrastables y apiñadas rocas,

Purifica sus aguas; en espuma
Alba y ligera su raudal trasforma,
O, en lluvia sutilísima trocado,
Riega las plantas que su margen ornan;

Ostenta noblemente su pujanza
Ejercita sus fuerzas portentosas;
Con enemigos dignos de él combate,
Y, como fuerte, en batallar se goza.

A derecha y á izquierda ve guirnaldas
Y gallardos festones y coronas
Y arcos gentiles, que en las dos orillas
Plantas lozanas é infinitas forman.

Al estrellarse y al saltar, las aguas
De ellas suspenden cristalinas gotas,
Que trémulas relumbran cual diamantes
Entre sus tiernas y pulidas hojas.

Musgo tupido de colores varios,
Ya pardo y seco sobre piedras toscas,
Ya tierno y verde sobre el blando césped
A sus márgenes tiende rica alfombra.

Desciende al cabo á la llanura el río;
Al fin, tras tanto batallar, reposa,
Y en amplio lecho y regalado, extiende
En sabroso esperezo, mansas ondas;

Las grandezas, allí, del firmamento
En su bruñida superficie copia;
Allí goza del sol, que ya platea
Sus transparentes linfas, ya las dora;

Allí las auras, con impulso tenue,
Su superficie blandamente rozan;
Allí las aves, que rasando pasan,
En él las puntas de sus alas mojan;

Fecunda el valle, y los que en él habitan
De bendiciones, sin cesar, le colman;
Y, haciéndoles el bien, la gloria alcanza
De hacerle, que es la verdadera gloria.

Iba yo recorriendo con mis hijos
Del río las orillas deliciosas,
Y ellos me preguntaron: “¿ Quién el lecho
Al río abrió por entre duras rocas

Y á lo largo del valle? ¿ Quién de suerte
Lo hizo que pueda sus bellezas todas
Gallardo desplegar? ¿ Quién en los montes
Las escarpadas márgenes le adorna? “

“Él mismo, dije, se labró esa senda
Tan adecuada al fin de que sus ondas
Su gentileza y su poder ostenten
Y derramen riquezas donde corran.

Cuando veáis un hombre á quien los otros
Envidian, y á quien aman, y á quien honran,
No dudéis que la suerte que disfruta
Se la ha labrado él mismo con sus obras”

—

LA VIDA Y LA MUERTE.

La tierra, ya labrada, renegrea
En el que ayer no más fué fresco prado;
Y si el viento la orea,
En lugar del aroma delicado
Del trébol, del poleo y de las flores
Que perfumaba el aura, ya la inundan
Del suelo humedecido acres vapores.
Tallos, y flores y hojas,
Que de aire y sol vivían,
Ajados y marchitos desfallecen
Debajo de la tierra; las raíces,
Que en vano al sol y al viento piden jugos,
Se secan y perecen.

Pueblos sin fin de tenues insectillos
El intrincado césped habitaban,
Para ellos selva inmensa
Con monte y misteriosas soledades,
Do hallaban á contento
La sombra regalada y el sustento,
Grutas repuestas, lóbrego ramaje
A que confiar los gérmenes fecundos
Que eran el porvenir de su linaje.

¡Mas, ay de aquellas tristes criaturas
Si á sentir y á penar fueron nacidas
Como el humano sér y como él sienten!
¿ Y quién puede saberlo? No se miden

El gozo ni el dolor ni afecto alguno
Midiendo el corazón en que se aniden:
Atomo es breve el corazón del hombre
Y tan sólo le colma lo infinito.
¡Ay, ay de aquellos acuitados seres!
Cuál no será su espanto
Cuando cerca retumba
Y cae al fin sobre ellos la balumba
De la potente máquina que hiende
El suelo en lo profundo,
Y riega escombros y ruinas crea!
No, nunca, nunca vió (ni jamás vea!)
Amenazar el hombre su morada
Por igual cataclismo!
Si el terremoto aleve
Las fábricas asuela que él erige,
Su subterráneo asiento no remueve;

Si el vendabal enfurecido alienta;
Si sacude sus alas la tormenta
O ignívomo volcán hierve y estalla
Y con cárdena luz cobra el cielo,
El hombre, acobardado, tiembla y calla;
Por su cuerpo erizado, gotas vierte
De gélido sudor, que ve delante
El espantable espectro de la muerte.
Mas no su raza entera
Ve estirpada de un golpe, no arrasada
La región en que habita y en que espera
Que una á lo menos, una prenda amada
Tal vez le sobreviva;
Y ve que suelo queda
Do su familia, su nación, su especie
Morar en paz en adelante pueda.

Jamás nube plumiza,
Precursora de rayos y huracanes,
Ni la atmósfera opaca de ceniza
Con que enturbian el éter los volcanes,
Ni el rebramar del temporal deshecho
Pavor infunde en el humano pecho,
Cual el vapor espeso que respira,
Con sonoro alentar, el buey pesado,
Ni cual la polvareda
Que al pasar el arado se alza y rueda
Miedo y ansia mortal infundir debe
En la menuda y bullidora plebe.

Ya ha pasado el rastrillo
Desmenuzando y revolviendo el césped.
Cuál va desatentado el insectillo,
Que de él gozaba cual tranquilo huésped,
Ora buscando la guarida usada,
Ora la planta que roer solía,
Ora la prole que dejó abrigada!
Pero nada hallará: todo esparcido
En vasto espacio está, todo está muerto,
Y todo en confusión, y con despojos
Cada despojo mísero cubierto.

¡ Y qué, Dios soberano,
De la vida y del bien eterna fuente!
¿ No ha de poder el hombre abrir la mano
A recibir el pan, dádiva vuestra,
Sin que de estrago tal, de ruina tanta
Dé la señal terrífica y siniestra?
Aquella es vuestra ley: si es vuestra, es santa!

De no distinto modo, el rico grano
Que vida y fuerza encierra,
Del labrador regado por la mano
Y escondido después bajo la tierra,
Es preciso que muera y se corrompa
Si ha de llegar á ser fecundo origen
De mies copiosa que, undulando al viento,
Lozana ha de ostentar su verde pompa.

Tal es la ley de Dios. El fuego brilla
Y alegra nuestras noches;
El animal los miembros arrecidos
Y el apacible hogar; mas nunca diera
Ni brilladora luz ni calor suave
Si no á viles cenizas redujera
Al árbol que fué *gloria de los campos*,
Hermosa y cara habitación del ave.

No sazona la planta el dulce fruto
Ni la feraz simiente
Sin que den á los vientos voladores
Sus matizados pétalos las flores.

Tal vez, si discurrimos por un prado,
La vista nos cautiva
Un reducido espacio que produce,
Más que el contorno, hierba nutritiva,
Y que el color de la esmeralda luce
En medio aún de sequedad estiva;
Y si á pacer en él llega el ganado,
Una vez y otra á repelarlo torna,
A la jugosa hierba arregostado.
Tanto vigor, y vida y lozanía
De la obra de la muerte son señales:
Generaciones mil de antiguas plantas
Bajo ese suelo generoso pudren
Y fétidos despojos de animales
Pudrirán por ventura;
Ay! y también de un triste sér humano
Puede esconderse allí la sepultura.
Si los que fueron campos de batalla
Recorréis algún día,
En donde viereis más florido el césped
Alzad al cielo una plegaria pía.

Sí : toda vida nace de una muerte,
Y porque todo muere todo dura.

Así, Naturaleza
No cual víctima triste
A destrucción cercana condenada
Del luto y la vejez las ropas viste;
Y cada año la encuentra y cada siglo
Con atavíos nuevos adornada,
Vivaz y palpitante,
Como aguarda la joven desposada
El día de las bodas á su amante.

Sumo Autor de la vida,
Que cuanto vida alienta os glorifique!
Que el mirar que la muerte hacéis fecunda
Nuestro inmortal destino nos explique!
Vuestro poder que ahora
Hace salir la vida de la muerte,
En modo no diverso
Se ostentó en el principio,
Sacando de la nada el Universo.

LA PERRILLA.

*Es flaca sobre manera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.*

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros,
Y de mozos de trailla.

Van todos apercebidos
De las armas necesarias
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte, en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema "La Caza."

Levantán pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo á viento,
Y rompiendo la maleza;

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Pero ella se da tal maña
Que á todos los aturrulla,

Y, aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió:

Al pié de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía
Que oyó latir á los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
A eso del anochecer

Con ella iba una perrilla...
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Pasaba en toda su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi—semi—ex—gozquejo;

Sarnosa era...digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derrengada,
La derribaba un resuello:
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Ocultado, por si así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luégo
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego;

La vieja entonces, al ver
Que escapaba por la loma,
Sús! dijo por pura broma,
Y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada,

Aquella perrilla, sí,
Cosa es de volverse loco,
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA ROMANA.

*Res gestoæ, regumque, ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstravit Zlomerus.*
HORAT. ART. POETICA.

Homero enseñó en qué clase de versos podrían
escribirse los hechos de los Reyes y de los
Capitanes y las guerras tristes.

CAPÍTULO 1.

SUMARIO.

Situación y primeros progresos de Roma después de su fundación. —Notable vicio en su organización social.—El pueblo es convocado.—Arenga de Rómulo.—Plan que se propone al pueblo.—Aprestos para la ejecución de los proyectos del monarca.—Nueva Asamblea del pueblo.

Dos ó tres años hacía
Que estaba fundada Roma,
Y en la naciente ciudad
Iba todo viento en popa.
Ya había Alcalde ordinario,
Que lo era Torcuato Cotta;
El ayuntamiento estaba
Establecido, y á la obra
De la Escuela y el Cabildo
Le faltaba poca cosa.

Sólo una cosa faltaba
En la ciudad, una sola,
Cosa por la que á los hombres
Se les hace agua la boca,
Si falta, y que apenas llegan
A conseguirla, les sobra.
Quiero decir que no había
Mujeres; y si la Historia
Dicho tan inverosímil
No abonara como abona,
Yo temiera se tomase
Lo que estoy diciendo á broma.
No tenían los romanos
Quien les quisara la olla,

Quien un botón les pegara,
Quien manejara la escoba,
Quien les hiciera un pocillo
De chocolate; la ropa
Estaba siempre los sábados
Sin almidonarse y rota.
Tenían criados varones,
Canalla puerca y ladrona,
Y respondona y soberbia,
Que pierde el tiempo, que roba,
Que se huye y le deja á uno
Solo á la mejor de copas.
Hasta se cuenta que Rómulo

Tuvo una vez, entre otras,
Que hacer él mismo su cama
Y que cepillar sus botas;

Era el estado de célibe
Estado normal en Roma:
Cuando para declarar
Es llamada una persona,
Se le pregunta su estado,
Si la acción pasa en Colombia;
Pero en Roma esta pregunta
Era una pregunta ociosa.

Estaba todo en tal punto,
Cuando Rómulo convoca,
Una tarde á los romanos
Y les habla en esta forma:
“Quirites, esto no es vida!
¿ Tal situación quién soporta?
Hacernos á bello sexo
Es preciso á toda costa.
Yo les pensaba mandar
Decir á las Amazonas
Que de nuestras dos naciones
Hiciésemos una sola,
Con lo que acaso pudiéramos
Remediarnos unos y otras;
Pero luégo he discurrido
Que era una cosa muy tonta
Llenarnos de marimachos,

Gente *murciélag*a y *frondia*;
Y á fuerza de cavilar,
He inventado una tramoya
Que ha de darnos mucha fama
En las edades remotas.
Mas, como exige reserva,
No os la diré por ahora.

Hoy os bastará saber
Que lo que á vosotros toca
Es disponer unas fiestas
De tanto aparato y pompa,
Que se hable de ellas un año
Diez leguas á la redonda. »
Oyendo esta perorata,
Todo el pueblo se alborota,
Y A hacer sus preparativos
No hay nadie que no se ponga.
El Cabildo parroquial
Las sumas precisas vota;
El área de la plaza
Se remata en catorce onzas;
Se comienza á hacer tablados
Y toldos, que es una gloria;
Los bisbises se previenen,
Se aprestan las cachimonas;
No queda cebón en pié
Ni viva marrana gorda;
Pónense á la obra los sastres,

Los zapateros las botas;
Brandy por mares se vende,
Por Orinocos la aloja,
El anisado por Niágaras
Y el vino por Amazonas;
Mas los que venden todo esto,
Al pedir echan por copas.
Para comenzar las fiestas
Se han señalado las nonas
De Julio, y para ese día
(Notable luégo en la Historia)
Se convida á los sabinos,
Para que, con sus esposas,

Sus hijas y sus hermanas,
Sus sobrinas y sus novias,
Y sus nueras, y sus suegras,
Y con todas, todas, todas
Las mujeres de Sabinia,
Vengan á fiestas á Roma.
Cuando la época fijada
Va hallándose ya muy próxima,
A convocar para un meeting
El viejo Rómulo torna,
A fin de que los romanos
Del oculto plan se impongan.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

Afluencia de extranjeros á la ciudad.—Pintura de ellos.—La población se agita.—Espectáculos públicos.—Desacuerdo en que se hallan algunos historiadores.—Crisis.—Combate dentro de la ciudad.— Sus resultados.

Dóciles los sabinos al convite
Que para fiestas les hiciera Rómulo,
Ya en grandes caravanas, ya en pequeñas,
A Roma van llegando poco á poco.

En yeguas aguillillas valonadas,
Con rico jaquimón, cuyos adornos
En la frente del bruto hacen una équis,
Como se usaban en el año de ocho,

En su sillón de plata guarnecido,
Todo forrado en terciopelo rojo,
Con su galón de cuatro dedos de ancho
Recamado espaldar y guarda—polvo;

Con su sombrero alón de barboquejo
Y pañolón plegado sobre el rostro,
Hacen su entrada, orondas, las abuelas,
Con aire sosegado y majestuoso.

De corpiño ajustado, de velillo,
Y arrastrando los luengos faldistorios,
Vienen las niñas y al entrar se llevan
De los romanos que las ven los ojos.

En caballos herrados, bailarines,
Con ruanitas de seda entran los mozos,
Y hacen saltar el caño á los caballos,
Y enarcar el pescuezo y dar corcovos.

En mulas y con jáquimas tejidas
De prolija labor, sin tapaojos,
Con zamarros de tigre y retranca ancha,
Vienen los viejos á pasito corto.

Pellón de cuatro borlas trae alguno,
Ruanas con fluecos y paraguas otros;
Y el pañuelo que cubre las narices,
(Embrión de la bufanda) casi todos.

Gran movimiento la diudad anima;
Sabinos y sabinas vense á rodo ;
Y las postreras prevenciones se hacen
Con grande diligencia y alboroto.

La gente moza fragua bailecitos;
En la plaza y las calles ponen bolos;
Mientras, para ir aprovechando el tiempo,
Los jugadores juegan que es un gozo.

Conforme á lo prescrito en el programa
Que publicaron con chinesco y bombo
Por toda la. ciudad, se da principio
La noche de la víspera al holgorio.

Con candiles de sebo y trementina
Ilumínanse plaza y Capitolio,
Y hay vaca loca, y hay maroma y fuegos,
Patriótica canción y cuatro globos.

Estuvieron las fiestas al principio
Tan buenas como estar entre nosotros
Suelen, en los periódicos descritas,
Cuando describen fiestas los periódicos.

Hubo fuentes de chicha en los encierros,
Y muchas colaciones y bizcochos
Hechos por reposteros italianos,
Que son los reposteros más famosos.

La tropa hizo despejo por las tardes,
Y se corrieron los mejores toros:
De estos, algunos eran jarameños,
Conejerunos y futeños otros.

Para el último día, que era el cuarto,
O el quinto cuando más, según Suetonio;
Mas, que, según afirman Tito Livio
Y Veleyo Patérculo, era el nono,

Se previno un encierro de disfraces,
Con el que el buen humor llegó á su colmo
Y en que tales figuras se iban viendo
Que á los sabinos los dejaban bobos.

Vestidos iban dos de inglesas viejas:
De papalina la una, otra de moño;
Otro representaba un congresista
Y llevaba una máscara de loro.

De general moderno colombiano
Se quiso disfrazar Aulo Sempronio,
Y á fin de ser por tal reconocido,
Lo que hizo fué vestirse como todos.

Cierto pepito se vistió de gente,
Y no hubo en el concurso un solo prójimo
Que, mirándole bien, podido hubiera
Quién era sospechar, ni por asomo.

Un hombre rico se vistió de rico:
No se le pudo conocer tampoco;
Ni á un mozalbeta elegantón y pobre
Que se vistió de manta del Socorro.

En suma, hubo de todo en el encierro:
Españoles antiguos, druidas, moros,
Indios jauleros, viejos jorobados,
Y calentanos con carate y coto.

Extraña variedad! Sólo una cosa
Era en todos igual, común á todos:
Cada uno se mostraba persuadido
De que el concurso le miraba á él solo.

Los sabinos estaban boquiabiertos
Mirando los encierros, cuando al coso
Metieron un novillo colorado,
Cansado de correr y hacer destrozos.

En ese punto, al dar con la corneta
El toque de e: que saquen otro toro,»
Los disfrazados las barreras salvan
E invaden los tablados y los toldos.

De aquella evolución, los convidados,
Que debían de ser algo bolonios,
Aun aguardaban, carcajada en ristre,
Un desenlace de los más graciosos,

Cuando oyen con terror que los romanos
Les dicen, ya sin máscara y en tono
De *aquí nadie nos tose*: “Caballeros,
Las sabinas se quedan con nosotros.”

Ninguna pluma humana pintar puede
Cuál fué de los sabinos el asombro
Al contemplar aquella tropelía,
Ni cuál la confusión, cuál el trastorno.

Mas pasa el estupor, y de los pechos
De pronto se apodera el ciego enojo;
Los sabinos defienden sus mujeres
Y se arma un zipizape del demonio.

Lucharon, pero en vano. Entre arreboles
De ópalo, y nácar, y topacio y oro,
El esplendente sol su disco hundía
En los abismos del lejano Ponto,

Y á esa hora, de Sabinia en el camino,
Ver hubiera podido algún curioso,
A la luz del crepúsculo indecisa
Los sabinos pasar unos tras otros,

Sus bestias arreando, que llevaban
Sillones y galápagos tansolo,
Y haciendo los estribos y los frenos,
Al trotar de las bestias, rumor sordo.

Si pareció pesada á las sabinas
La chanza de las fiestas y del robo,
O antes bien, divertida y de buen gusto,
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador las consolase
Me parece seguro: ello es notorio
Que de una suerte ó de otra, con su suerte
Al fin se conformaron. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en Colombia entre nosotros
Bassani y Menegusi, que se precian
De hallar su origen en tan noble tronco.

Ahora que los ladros perran,
Ahora que los cantos gallan,
Ahora que, albando la toca,
Las altas suenas campanan,

Y que los rebuznos burran,
Y que los gorjeos pájaran,
Y que los silbos serenan,
Y que los gruños marranan,

Y que la aurorada rosa
Los extensos doros campa,
Perlando líquidas viertas
Cual yo lágrimo derramas,

Yo, friando de tirito,
Si bien el abrasa almada,
Vengo á suspirar mis lanzos
Ventano de tus debajas.

Tú en tanto duerma tranquil
En tu camada regala,
Ingratándote así, burla,
De las amas del que te ansia.

Oh, ventánate á tu asoma,
Oh, persiane un poco la abra,
Y suspire los recibos
Que este pobre exhala amanta.

Ven, endecha las escuchas
En que mi exhala se alma,
Y que un milicio de músicas
Me flauta con su acompaña.

En tinieblo de las medias
De esta madrugada oscurada,
Ven y haz miradar tus brillas
A fin de angustiar mis calmas.

Esas tus arcas son cejos
Con que, flechando disparas,
Cupido pecha mi hieiro
Y ante tus postras me planta;

Tus estrellas son dos ojas,
Tus rosos son unas labias,
Tus perles son como dieras,
Tu palme como una talla;

Tu cisno es como el de un cuello,
Un garganto tu alabastra,
Tus tornos hechos á brazo,
Tu reinar como el de una anda.

Y por eso horo á estas vengas
A rejar junto á tus cantas
Y á suspirar mis exhalos
Ventano de tus debajas.

Así cantaba Calixto
A las ventanas de Carmen,
De Carmen, que, desdeñosa,
Ni aun se acuerda de olvidarle.

Es el galán susodicho
Mozo de tan buenas partes,
Que en el barrio no hay quien tenga
Tanto garbo y tal donaire;

Ninguno en amar le excede,
Ni en cantar le iguala nadie,
Ni en el tañer la vihuela
Hay quien le exceda ó le iguale.

Sin embargo, el ser Calixto
Mozo de tan buenas partes,
No ha sido parte á ablandar
El duro pecho de Carmen.

La aurora le encuentra siempre
Muerto de frío en la calle,
Al cielo dando sus quejas
Y sus suspiros al aire.

Allí improvisa á las veces
Tristes serenatas y ayes,
Que oyen tal vez los serenos
O que tal vez no oye nadie.

Yo salí esta madrugada
Mucho antes de que aclarase,
Para poder alcanzar
A misa de cinco, al Carmen,

Y junto á las rejas de ídem
Le encontré dale que dale,
Y oí los versos de que
Me he hecho editor responsable.

Mas, como era ya temprano
Y Calixto empezó tarde,
Estaba un poco más ronco
De lo que era razonable;

Además, como estaba ebrio
(Aunque en verdad, no se sabe
Si de puro amor ardiente,
O de aguardiente ó de brandi),

Echaba A perder el canto,
Que era una lástima grande,
Y trabucaba las sílabas,
Y las palabras y frases.

Empero, es cosa segura,
O á lo menos muy probable,

Que A no ser por la embriaguez
Y la ronquera del diantre,

Y lo malo de los versos,
Y el trastrueque de las frases,
La tal serenata hubiera
Estado buena en su clase.

Indice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO